

pedir que se formaran nuevas partidas, quisieron crear con los aldeanos una guardería rural que vigilara á los sospechosos y, en caso necesario, los prendiera; pero estos estímulos á la delación no contuvieron el movimiento que llevaba á los vivaques insurrectos, no sólo á las víctimas designadas de la quinta, sino además á toda clase de gentes á quienes ningún peligro personal amenazaba. El mejor organizado de todos aquellos cuerpos era el de Langiewicz, situado cerca de las fronteras de Austria; y habiéndose hecho este caudillo famoso de repente, el Comité nacional anónimo abdicó sus poderes en él, que fué nombrado dictador. Hasta entonces las clases ilustradas habían condenado la sublevación porque consideraban segura la derrota, y además por un resto de confianza en el zar; pero en el mes de marzo los miembros más independientes del Consejo de Estado, y poco después muchos consejeros municipales de Varsovia, presentaron sus dimisiones, y el arzobispo monseñor Felinski, prelado de gran moderación, elevó al zar una súplica ardiente pidiéndole que pusiera término á la efusión de sangre y que hiciera de Polonia una nación independiente unida á Rusia sólo por el vínculo dinástico (1). Tan ilustres testimonios consagraron los agravios de los polacos, y aun aquellos que habían calificado de quiméricas las reclamaciones de éstos, sintieron algo quebrantada su confianza. En el entretanto, Langiewicz, que había penetrado en el territorio austríaco, fué internado en él, y al tener noticia de ello, la prensa rusa anunció el fin próximo de los disturbios; mas sucedió que la insurrección, al perder á su jefe, nada había perdido de su vitalidad; el Comité nacional recobró sus poderes y ninguna partida depuso las armas en toda la extensión del gran ducado. Y aun hubo más, y fué que muchos de los compañeros de Langiewicz internados en Cracovia pudieron escaparse, y después de haber atravesado otra vez la frontera con diversos disfraces, ocuparon nuevamente su puesto de combate (2). «La insurrección puede durar meses», escribía el cónsul inglés, Sr. Stanton (3). En medio del reino tan terriblemente agitado, Varsovia permanecía tranquila, pero con tranquilidad más lúgubre que la misma guerra; y sólo imágenes de duelo se veían en aquel pueblo extremado en todo y que se alimentaba de su dolor como se habría alimentado de su alegría. La ciudad se iba despoblando en provecho del campo y *marchar á los bosques* era la expresión consagrada para designar á los que partían; porque, en efecto, entre los bosques se ocultaban los campamentos de los nuevos *outlaws*. En aquellos campamentos y confundidas con los polacos, había gentes de todas las profesiones y de todas las procedencias, en cuyas almas se mezclaban pasiones de todas clases, revolucionarias, humanitarias ó simplemente pasiones de aventuras: éste venía de los batallones de Garibaldi, y á orillas del Vistula narra las hazañas de los *Mil*; aquél, experto en insurrecciones, había llegado de Londres ansioso de ver una sublevación que en nada se parecía á las que se habían

(1) Véase *Affaires de Pologne*, pág. 43.

(2) Véase la Memoria del Sr. de Mounsey á lord Bloomfield, de 7 de abril (*Correspondence respecting the insurrection in Poland*, pág. 125).

(3) *Correspondence respecting the insurrection in Poland*, página 105.

visto hasta entonces; más allá había grupos de jóvenes, algunos de noble estirpe, mecidos por los grandes recuerdos de la nación vencida y enamorados de la gloria de los combates. Aquellos extranjeros traían consigo sus ensueños y algunos hasta sus detestables proyectos de trastorno cosmopolita, lo que había de permitir á los rusos condenar en junto el movimiento como una conspiración contra el orden europeo. Sin embargo, la fuerza real de la insurrección no estaba en estos elementos extraños, sino en el elemento nacional: en aquellos campamentos aparecían los verdaderos polacos, resistentes al sufrimiento, valerosos ante la muerte; no pretendían ser ni muy lógicos ni muy sabios, y casi con el mismo entusiasmo abrazaban los ritos religiosos que se penetraban de las máximas revolucionarias; pero estas ideas ó estas imágenes no se grababan en su alma ni valían á sus ojos sino en cuanto eran útiles á su rehabilitación, pues en el fondo su pasión única, su verdadera fe, era su patria. En este momento que nos ocupa, un rayo algo menos sombrío rasgaba las tinieblas de su triste suerte; á sus oídos llegaban los rumores de Occidente, y crédulos como todos los desgraciados, no podían persuadirse de que no se les socorrería. Además, con la primavera, que ya se anunciaba, sus trabajos serían menos rudos, sus refugios menos ásperos y menos difícil su subsistencia. Su armamento había mejorado algo, y merced á compras realizadas á precios elevadísimos, y gracias también á la captura de convoyes y á la complicidad de Galicia, al fin habían podido proporcionarse fusiles. Cada día llegaban nuevos reclutas: eran jóvenes, casi niños escapados de las escuelas ó del domicilio paterno; hidalgos que, después de largas incertidumbres, se unían á la insurrección considerada en un principio como insensata ó digna de reprobación, y hasta mujeres ó muchachas á quienes los atractivos del hogar no habían podido contener. En esta situación, algo más sólida, preparáronse aquellos infelices para celebrar la Pascua, que es allí una fiesta nacional tanto como religiosa; y entre dos alarmas, ó dos combates, ó dos peligros, en algún asilo perdido en el fondo de sus bosques, recibieron de manos de sus sacerdotes el Viático, que para la mayoría de ellos había de ser el de la eternidad.

En París seguíanse con ardiente curiosidad los incidentes de la lucha; nadie hacía caso de los despachos moscovitas y todos los boletines parecían sospechosos, exceptuando las correspondencias de los insurrectos que llegaban por la vía de Galitzia. Además de Langiewicz, hubo otros cabecillas célebres cuyos retratos y biografías circularon profusamente; lo único que desesperaba á los franceses era que aquellos nombres, de extrañas consonancias, fuesen de aquellos que nuestra lengua no puede popularizar ni retener. Cuando Langiewicz fué internado en Austria, creyóse que la insurrección quedaba herida de muerte; pero al ver que se reanimaba y aun que se extendía, tomó visos de certeza el rumor de que era mucho más fuerte de lo que se había imaginado y de que podría quedar vencedora mediante un socorro oportuno, aunque sólo fuera moral. Los folletos, los artículos periodísticos y las suscripciones menudearon; y las grandezas y los infortunios de Polonia fueron la comidilla de los círculos, el estremado obligado de los cursos de la Sorbona y un tema de disertación para los niños de los institutos. Si las palabras hubiesen

podido salvar al pobre pueblo, ¡cuán eminente puesto habría ocupado entre las naciones de la tierra! La causa polaca era la única que en aquel entonces tenía conquistadas todas las simpatías: las de los católicos (¿no luchaba acaso por su fe?); las de las almas sensibles á la poesía de las cosas (¿no era la *nación enlutada*?); las de los demócratas (¿no era su constitución uno de los artículos del catecismo republicano?); las de los revolucionarios (¿no figuraban entre sus defensores garibaldinos?); y las de los salones (¿quién no se acordaba de los Czartoryski y de los Zamoisky, esos grandes señores que con tanta altivez habían soportado el destierro?). Lo mismo hablaban *Le Siècle* que *Le Monde*, el clero que la Universidad, la Academia que el arrabal de San Antonio, y ¡cosa extraña, increíble, sin ejemplo desde los comienzos del reinado!, en esta cuestión de Polonia la emperatriz y el príncipe Napoleón eran del mismo parecer.

¿Qué podía hacer el emperador? Su corazón excelente le hacía insoportable la indiferencia, y la opinión pública le suplicaba que se conmoviera y que *hiciera algo*, como había dicho en el Senado el príncipe Napoleón con vagas y ardientes palabras. En vano había apelado á las súplicas á San Petersburgo y bosquejado en Viena un plan de intervención; quedaba el recurso de las reclamaciones oficiales, y lo adoptó sin gran entusiasmo. Era este, como decían, el medio de *hacer algo*; pero este algo, razonable y justo en sí mismo, había de ser, en aquel caso, el menos conveniente de todos, porque con él se asestaría á Rusia el golpe más torpe que darse pudiera, el golpe que la ofendería sin herirla.

IV

El 17 de abril fué una fecha notable para la cancillería rusa: en aquel día las potencias presentaron al gabinete de San Petersburgo sus amonestaciones relativas á la suerte de Polonia. Habían aquéllas desechado la forma de una reclamación colectiva; pero, para dar más fuerza á sus pensamientos comunes, decidieron que los despachos, aunque redactados separadamente, fuesen comunicados en la misma fecha al príncipe Gortschakoff. Este recibió primeramente el despacho de Francia, muy conciso, muy reservado y en el que los consejos estaban suavizados por toda clase de cortesías protestas; después el de Inglaterra, más extenso, más dogmático y sobre todo más agresivo, que invocaba los tratados de 1815; y, finalmente, el de Austria, que aducía en términos algo indecisos sus intereses en Galitzia y se limitaba á pedir que «las provincias polacas fuesen reintegradas en las condiciones de una paz duradera.» No terminó aquí el desfile de documentos, sino que también Italia y España y hasta los Estados de tercer orden habían redactado sus reclamaciones y unían sus notas á las del concierto europeo. Como se ve, la reprensión era completa y el canciller hubo de aguantarla hasta el final. La unanimidad habría sido casi absoluta, si no hubiese habido una abstención perfectamente prevista y en extremo tranquilizadora para Rusia. «El silencio es oro», dice un proverbio; en las orillas del Spree esta máxima había sido juzgada buena; y en realidad ningún silencio se vió nunca mejor recompensado.

Cuando los despachos anunciados y conocidos por las

entrevistas de los embajadores iban camino de San Petersburgo, Gortschakoff, algo emocionado desde un principio, había pensado en desarmar anticipadamente las reclamaciones de Europa. El 12 de abril, Alejandro había decretado, aunque con ciertas salvedades, una amnistía para todos los polacos que se sometieran antes del 12 de mayo; pero en el estado á que las cosas habían llegado, la opinión pública y los mismos gobiernos habían acogido con muy poco entusiasmo un edicto que en nada mejoraba el porvenir y que se limitaba á suspender los castigos. A pesar de este fracaso, el canciller se repuso prontamente de su turbación, y después de haber estudiado friamente el modo de ser de su soberano, consideró que no había motivo para rendirse á la tormenta. Francia estaba demasiado lejos para ser temible y Austria demasiado cerca para no ser circumspecta; en cuanto á Inglaterra, se concretaría á mostrarse descortés, y así lo había previamente anunciado. Por otra parte, si Gortschakoff hubiese tenido necesidad de que le alentaran, habríanle animado los sentimientos que se manifestaban en su propio país. El pueblo ruso preparaba su contramanifestación en respuesta á las manifestaciones de Europa, y ya en San Petersburgo, la Asamblea de la nobleza y la municipalidad habían invitado al gobierno, por medio de manifestos muy apasionados, á mantener la integridad del imperio. Muy pronto había de acentuarse este movimiento y enfrente de la nacionalidad polaca, obstinada en vivir, había de alzarse la nación moscovita, no menos ansiosa de absorberlo todo. Seguro por el lado de Rusia y por el de Europa, Gortschakoff escuchó las amonestaciones de los embajadores más bien exasperado que inquieto; y en esta disposición de ánimo preparó la refutación, resuelto á sostener el combate á pluma, puesto que con la pluma había que luchar, con la misma energía con que habría sostenido un combate á espada.

Su respuesta, formulada en 26 de abril, fué bastante amistosa para Francia y ligeramente desdeñosa para el Austria; en cambio, se desquitó ampliamente en su réplica á Inglaterra. El estilo cancelleresco es sumamente dúctil y sabe encerrar en pocas palabras muy corteses muchas lecciones en extremo impertinentes; en el despacho ruso se practicaba este arte con refinamiento. Russell había invocado los tratados de 1815, y Gortschakoff, con palabras irrefragablemente corteses, advertía al jefe del *Foreign-Office* que la primera condición para interpretar bien un tratado es leerlo, y que si en Londres se hubiesen tomado esta molestia, habrían visto que el acta de Viena había dejado al emperador Alejandro I en libertad de hacer respecto de Polonia «lo que estimase conveniente.» El hombre de Estado moscovita hablaba en términos muy atrevidos de la Constitución de 1815, tan ponderada por los ingleses, negando que fuese «la única *panacea* propia para calmar los males de Polonia.» «Lord Russell, añadía con cierto tono altanero, invita á Rusia, en su calidad de miembro de la sociedad europea, á cumplir los deberes de conveniencia para con los demás Estados... Rusia aprecia lo que su situación internacional le impone; pero difícilmente podría afirmarse que ha encontrado en este terreno una escrupulosa reciprocidad.» El mejor rasgo estaba reservado para el final: el canciller, después de haber recordado el deseo de las potencias

«de que se reintegrara á Polonia en las condiciones de una paz duradera,» hacía observar muy suavemente que su augusto soberano no había deseado nunca otra cosa, pero que el principal obstáculo que á ello se oponía estaba «en las instigaciones permanentes de la revolución cosmopolita;» y partiendo de este principio, exhortaba con tranquila ironía á los tres gobiernos á que vigilaran, cada uno en su país, por la paz general, pues de este modo trabajarían por el restablecimiento del orden en todas partes y muy especialmente en Polonia. De esta manera Rusia devolvía á Londres, Viena y París la amonestación que de estas cortes había recibido. Hasta entonces lord Russell parecía no tener rival en la redacción de despachos poco corteses, pero en aquella ocasión encontró un maestro: el ministro inglés se contentaba con enseñar la férula; Gortschakoff llegaba hasta á manejarla.

El primer pase del duelo (puesto que había duelo decididamente) estaba terminado, y no con ventaja para los que lo habían promovido. En Francia tratóse de paliar el fracaso: «Las intenciones del emperador Alejandro, decía el diario *La Patrie*, coinciden en absoluto con las del emperador Napoleón (1);» y el *Constitutionnel* escribía: «La acogida dispensada por el gobierno ruso á las observaciones del gabinete nos permite esperar que bajo una fórmula diplomática, quizás no adoptada todavía, se logrará garantizar los legítimos intereses de Polonia (2).» *Le Moniteur* no manifestó esta satisfacción ficticia, pero aludiendo á los últimos despachos de San Petersburgo, declaró que «estos documentos abrían el camino para planes de conciliación (3).» En el fondo, tal vez era hábil no oír aquello que no se hubiera podido dejar pasar sin réplica. La verdad es que el gobierno ruso, aun siendo su lenguaje tan poco alentador, reconocía el mal que padecía Polonia y se mostraba dispuesto á un «cambio de ideas;» esta vaga seguridad comunicó nuevas esperanzas, y entre París, Londres y Viena reanudáronse las comunicaciones de despachos, las transmisiones de telegramas y los proyectos de notas, urdiéndose así una nueva trama que substituyera á la que Gortschakoff acababa de destruir.

Si estas segundas advertencias llegaban á San Petersburgo, el canciller podría darse el gusto de triunfar otra vez con la pluma; pero podría ser un tanto imprudente comenzar de nuevo aquella burla altanera, porque la insurrección, lejos de calmarse, se extendía y, desbordándose fuera del reino, habíase propagado á la Lituania; y por otra parte, en aquella época, es decir, á fines de primavera, el Báltico, libre de hielos, hacía menos inaccesible el imperio moscovita. Después de todo, era una audacia no pequeña desafiar, aunque fuese desde muy lejos, á tres grandes potencias; en cambio, ¡cuánto no mejoraría la condición de Rusia si ésta, aprovechándose de las dilaciones, consagraba todos sus esfuerzos á romper los lazos, todavía débiles y flojos, de la triple alianza! Donde con más probabilidades de éxito podía realizarse este trabajo de disgregación era en Viena: Austria, dirigiendo á San Petersburgo notas sobre Polonia, desmentía todo su pasado, é invocando el principio de las nacionalidades abría ella misma la brecha por don-

(1) *La Patrie*, 3 de mayo de 1863.

(2) *Le Constitutionnel*, 8 de mayo de 1863.

(3) *Le Moniteur*, 5 de mayo de 1863.

de se derrumbaría su imperio. Situada en medio de todos los países incandescentes, como Venecia, Hungría y los Principados Danubianos, aquella nación era de las que apagan los incendios, no de las que los avivan. ¿Sería imposible hacerle comprender sus verdaderos intereses?

En 1.º de junio, Alejandro II confió sus deseos á su tío el rey Guillermo, en una carta autógrafa que indica claramente la intimidad entre ambos soberanos existente. Después de un corto preámbulo sobre el estado general de Europa, hablaba el zar de la falsa situación en que la conducta de Austria colocaba á los Estados del Norte: «Si la actitud de Austria hubiese sido más franca, decía, nunca las potencias del Oeste habrían ido tan lejos.» Después formulaba una serie de preguntas que dejaban traslucir cierta ansiedad: «Si sobreviniera una ruptura, ¿cuál sería vuestra actitud? ¿Qué esperaréis del resto de Alemania? ¿Se que puedo contar con vos como conmigo mismo. ¿En qué casos vuestros intereses os impulsarían á una intervención eficaz? Entre nosotros no debe existir desconfianza. Quisiera conocer vuestros proyectos para apreciar por mí mismo los deberes y los sacrificios que mi situación requiere. ¿Puedo contar con esa misma fraternidad que ha juntado ya nuestras armas?» Para terminar, el zar dirigía á «su tío respetado» una petición concreta: dado que todos los obstáculos provenían del Austria, la cual aseguraría la preponderancia al partido al cual se adhiriese, el gobierno de Berlín debía emplear toda la consideración de que en Viena gozaba para conseguir que Francisco José y sus ministros volvieran á formar parte del grupo de potencias conservadoras. Y como Prusia estaba dispuesta á prestar servicios y aun se sentía satisfecha de prestarlos, en la seguridad de que más adelante se cobraría la correspondiente comisión, en seguida intentó la gestión que de ella se solicitaba. Francisco José era poco favorable á los polacos, pero el Sr. de Rechberg, aunque muy resuelto á no aventurarse en una guerra, consideraba poco decente que su país se pusiera al lado de Rusia, pues ello sería hacer traición á Francia y á Inglaterra, y provocar tal vez la rebelión de Galitzia, que hasta entonces había permanecido tranquila. En una palabra, la sugestión fué rechazada y la noticia de esta negativa llegó á Berlín el 20 de junio; algunos días después, sin que podamos fijar la fecha, el rey Guillermo, en una carta redactada, á lo que se dice, por el propio Bismarck, anunció el fracaso á su sobrino. Esta carta es en extremo curiosa en el sentido de que fija definitivamente las relaciones entre San Petersburgo y Berlín: en ella el rey ofrecía al zar la seguridad de su amistad apasionada y atribuía toda la responsabilidad de las complicaciones presentes á Napoleón, que amenazaba la paz como lo hiciera su tío en otro tiempo; no creía, sin embargo, en la inminencia de la guerra, y para el caso de que por casualidad estallara, prometía á Alejandro su concurso á cambio de ayuda recíproca si Francia atacaba las provincias renanas. En cuanto á la negativa de Austria, Guillermo hablaba de ella con poco disgusto, como hombre que considera suficiente la unión de dos. Por otra parte, no disimulaba que la alianza rusa era impopular en Berlín, con lo cual hacía valer muy hábilmente el precio de su amistad: ¡qué recompensa no merecerían sus favores cuando, por servir á Rusia, resistía



ALEJANDRO II, EMPERADOR DE RUSIA